

Pánico y peligro

Lucía Rivadeneyra lrvadeneyra@terra.com.mx



Has sabido de mujeres que se mueran de pánico? ¿En un asalto, en un terremoto, en un incendio o al estar frente a los ojos de un hombre? Tú, sí, tú, qué sabes del pavor, del terror, de la angustia, de una mujer bajo la violencia de un hombre, de su hombre, de su marido.

Si eres de quienes creen que al cine se va a reír desafortadamente porque has tenido una semana espantosa y, en consecuencia, entraste a una sala cinematográfica porque ya no había boletos para *El hombre araña* o *Anaconda*, y tuviste que ver una cinta

que parecía muy romántica porque se llama *Te doy mis ojos* y eres capaz de reírte cuando una persona está a punto de morir de miedo, ya que se sabe destrozada porque le han "roto todo, todo", aunque aparentemente no se note, entonces, sal de ahí pues corres el peligro de entender algo del horror cotidiano de cientos de miles de parejas en el mundo: la violencia doméstica. Si te quedas, felicítate por el valor de ver en el cine un fragmento de la realidad y ten presente que la realidad completa es mucho peor.

Pilar (Laia Marull) es una mujer que huye a medianoche con su pequeño hijo del hogar porque ya no puede con el horror que ha venido padeciendo; está casada con Antonio (Luis Tosar), un esposo lleno de ira, de celos, de envidia, de frustración. Va a la casa de su hermana -mujer independiente y contenta con la vida- ahí tiene un respiro. Incluso ella le consigue trabajo en un museo.

Él por su parte al sentirse abandonado admite, en parte, su responsabilidad, incluso entra a

una terapia donde hay un grupo de hombres golpeadores... pero hay situaciones insalvables. Las imágenes de los hombres durante las sesiones de terapia son, en verdad, patéticas porque se muestra que lo normal en la vida de esos varones es la agresión, el grito, la irreflexión, sin ninguna responsabilidad y sin culpa porque ellos suponen que así debe ser. Así crecieron.

Filmada en la bella ciudad de Toledo, bajo la dirección de Iciar Bollain, cineasta con sobresaliente trayectoria fílmica, la película plantea al espectador la cotidianidad del espanto que, justamente por ser cotidiano, parece invisible. Y es aquí donde las actuaciones de Marull y Tosar brillan porque uno cree que son personajes de la vida real, como el vecino, la prima, la amiga o la madre; o el padre, el universitario o el obrero que bajo el símbolo de la violencia llevan la vida, como si ésta se repitiera y no se fuera a acabar.

Sin escándalos, sin gritos ensordecedores, sin sangre, la directora plantea que las decisiones para abandonar el horror son un proceso y, como dicen en algunos grupos de autoayuda, "hay que tocar fondo". Así, Pilar tiene la oportunidad de irse redescubriendo y poco a poco abre ventanas para recordar que también hay puertas. Trabajar en el museo le ofrece un sueldo y una posibilidad de sobrevivencia para ella y para su hijo.

Antonio intenta reconquistarla. Y ella, poco a poco acepta, y vuelve con él. Pero no deja su trabajo y empieza a defenderlo y a defenderse, a tratar de explicar y a gozar su labor

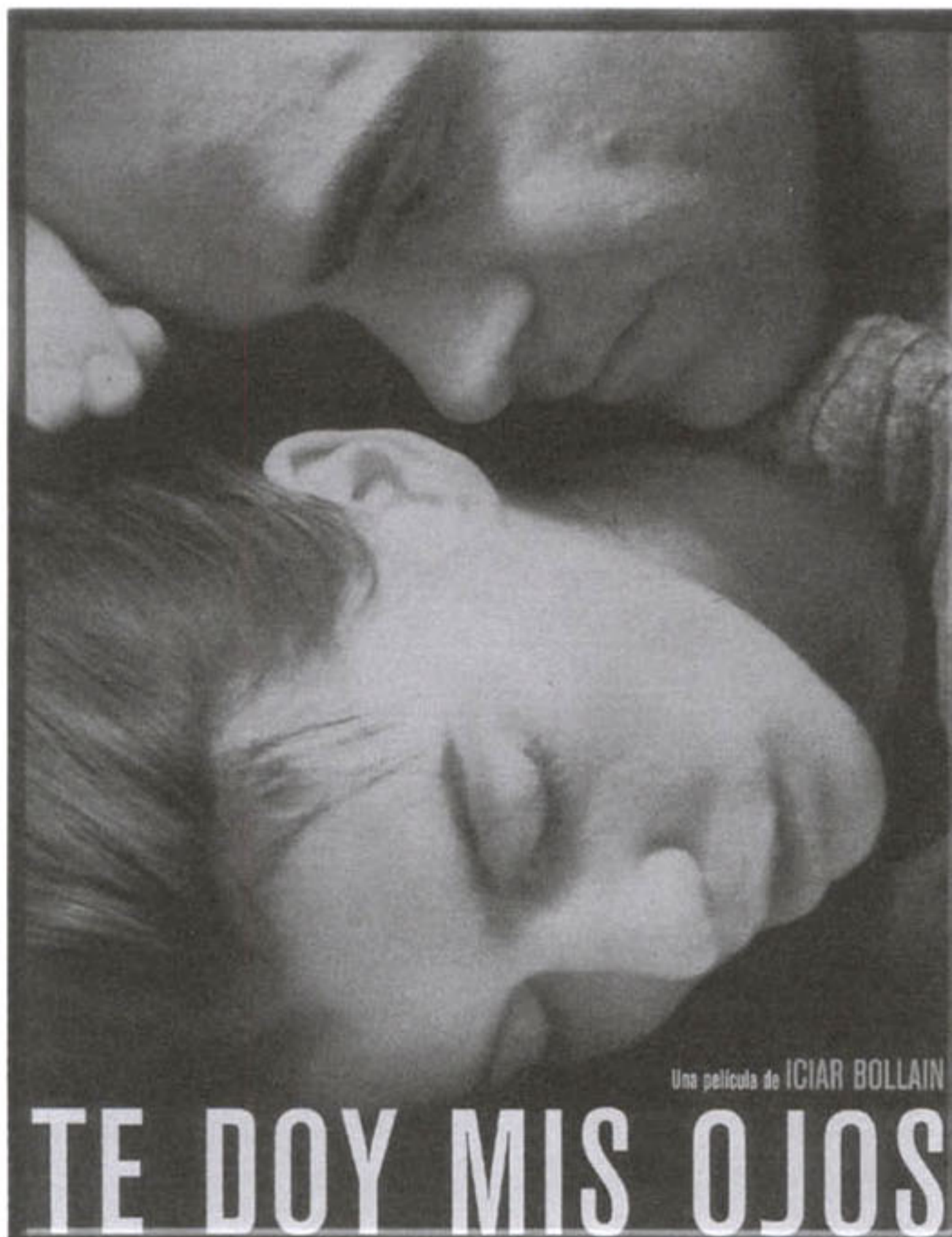


Foto de Archivo fem

fem

Foto de Archivo fem



en el museo. Explica obras pictóricas a los turistas, llena de placer porque disfruta la actividad que realiza, en consecuencia tiene una actitud fresca, creativa, frente a los visitantes. Ella es sensual, tiene legítima inclinación a algunos placeres de la vida. Y es sensual porque el arte es sensualidad y ella lo sabe.

Sin embargo, el marido no tiene idea de ese placer, es demasiado burdo, áspero, tibio; en lugar de gozar con ella, su gozo -el de ella- y admirarla, piensa que su actitud es para seducir a cualquiera, al que vaya pasando.

Antonio siempre ha pensado en su placer, el de él, y se asigna la penosa tarea de fungir como un marido-guarura que, por supuesto, todo, absolutamente todo lo malentendiendo, como cualquier pobre celoso que por ver el árbol olvida el bosque. No tiene idea del arte ni le interesa. Es obvio que sólo son dos seres humanos que un día creyeron que se amaban, quizá porque las feromonas les hicieron trampa. Lo cual, obviamente, no justifica la relación enferma que mantienen.

La solidaridad que manifiestan para con Pilar sus compañeras de trabajo y su hermana hablan de que también -aunque algunas mujeres no lo crean- se puede apoyar a otras de a

de veras, no sólo con un discurso improvisado.

Icíar Bollaín, sin caer en melodramas telenoveleros, muestra una historia que podría ser tuya o de cualquiera que te rodee. Sí, a ti. Y muestra, también, que la cobardía a secas no es nunca la culpable de gestar la impotencia, pero que la violencia sí genera pánico, y éste colabora a acercar a los seres humanos al peligro más agudo que podría ser la pérdida de la vida.

Bollaín dirige a dos estupendos actores, Marull y Tosar, que a pulso

obtuvieron la Concha de Plata en el Festival de Cine de San Sebastián, en 2003; además, en la XVIII entrega de Goyas de la Academia de Artes y Ciencias Gráficas de España, 2004, *Te doy mis ojos* arrasó con siete premios más.

Y si bien es cierto que el cine, como cualquier otra de las bellas artes, no resuelve la vida sí puede generar reflexión, indignación o abrir una discusión, y eso puede ser el primer paso de algo que esté por venir.

Te doy mis ojos es una metáfora de aceptación de la ceguera como forma de vida, es decir, un declarar, "me quedo ciega, me pongo en tus manos, guíame". Pero, también que llega el momento en que la metáfora se puede cambiar, para decir con valor "miro con mis ojos lo que quiero".

Y habrá que cazarla porque es una película que no puedes dejar perder en el horror de una aparentemente infinita cartelera, que ofrece cuatro o cinco cintas en sesenta salas. Hay que cazarla porque ésta con trabajos se exhibe en dos o tres y, a estas alturas, o es en cineclubes o es en la cineteca. Suerte.

Te doy mis ojos de Icíar Bollaín. Con Laia Marull, Luis Tosar, Candela Peña, Rosa María Sardá y Kiti Manver. España, 2003.



Laia Marull y Luis Tosar en una escena de la película/Foto de archivo fem